



Domingo de Ramos 2011

Queridos hermanos. Queridos niños:

Con esta celebración del Domingo de Ramos hemos entrado en la Semana Santa, para participar con Jesús en su pasión, muerte y resurrección, y recibir así la redención y el perdón de los pecados.

Hemos comenzado con la procesión de los ramos para aclamar a Jesús como lo hicieron sus discípulos: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, a restaurar el antiguo reino de David!

Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea, quiso entrar en Jerusalén montado en un burro para anunciar que él era el rey humilde y pacífico que Dios había prometido a su pueblo. A Jesús se aplica la profecía de Zacarías, que nos ayuda a comprender el sentido del Domingo de Ramos: *“Decid a la hija de Sión: mira a tu rey, que viene a ti humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila”* (Mt 21,5; Zac 9,9; Jn 12, 15). Con su forma de actuar, Jesús manifiesta que en él se cumplen las promesas de Dios sobre el Mesías Rey. Al mismo tiempo, la referencia a la profecía de Zacarías excluye la interpretación revolucionaria, que algunos judíos hacían de la realeza del Mesías: Jesús no se apoya en la violencia, no emprende una rebelión militar contra Roma. Su reino es el de la paz de Dios, que se restaura en la cruz, en la que Jesús entregó su vida por amor a nosotros hasta el extremo. El reino de Jesús no es de este mundo. Es el reino de la verdad y de la aceptación del amor de Dios como verdadera liberación del hombre.

La primera lectura nos ayuda a comprender la pasión de Jesús como obediencia fiel al plan salvador de Dios, anunciado desde antiguo por el profeta Isaías. Y el texto de la carta de San Pablo presenta de forma resumida el significado de la Pascua de Jesús: su venida al mundo, su muerte en la cruz, su resurrección y su vuelta a la gloria del Padre.

El Hijo, de condición divina, se ha despojado de sí mismo, ha tomado la condición de esclavo y se ha hecho semejante a los hombres (cf Filp 2, 6-7). Él conoce al Padre y nos cuenta las cosas del Padre; escucha su voz y la obedece con todo su ser; es fiel a la misión recibida del Padre hasta la muerte. Jesús se ha *“hecho obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz.. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que...toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”* (Filp 2, 9-11).

En la cruz se encuentran el amor del Padre y el amor de Jesús en una Alianza Nueva y Eterna: la libertad de Dios y la libertad del hombre se unen para siempre en un pacto



indisoluble. Así lo había anunciado Jesús en la última cena: en la institución de la Eucaristía había hablado de su sangre de la “Nueva y Eterna Alianza”, derramada para el perdón de los pecados..

El relato de la Pasión muestra cómo Jesús cumplió la misión de Mesías en obediencia filial a la voluntad del Padre hasta la muerte y con la máxima solidaridad con todos los hombres, por cuya salvación dio la vida.

San Mateo narra la pasión siguiendo el evangelio más antiguo, el de Marcos, pero añadiendo algunos detalles propios, como la frecuente indicación de que los gestos y las palabras de Jesús sucedieron según lo que estaba anunciado en las Sagradas Escrituras. Pero el cumplimiento de las Escrituras no es la ciega y fatal sumisión de Jesús a un destino inevitable fijado por Dios. No. Jesús se revela en la pasión como señor de los acontecimientos; domina todo lo que le sucede con una extraordinaria conciencia y libertad. Jesús “sabe” lo que va a suceder, lo anuncia por anticipado a sus discípulos: “Ya sabéis que dentro de dos días se celebra la fiesta de la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen”.

En el relato de Mateo sobre la pasión están condensados todos los títulos con los que la Iglesia naciente ha expresado su fe en Jesús: es llamado “Señor” por los discípulos; es calificado como “Cristo, Rey Mesías” por el sanedrín, Pilato y los soldados romanos, los cuales proclaman la verdad, aún sin pretenderlo; es aclamado como “el Justo” por la mujer de Pilato; es reconocido como el “Hijo de Dios” por el centurión romano que está junto a la cruz. Y estos títulos están reunidos en el de “Siervo de Yahvé”, que Jesús se atribuye implícitamente en las palabras que pronuncia sobre el cáliz en la última cena: “Esta es mi sangre, la sangre de la alianza que se derrama por todos para el perdón de los pecados”. Él es el “Siervo de Yahvé” anunciado por el profeta Isaías (cf. Is 53, 11-12), es el hombre que ha cargado con los sufrimientos de los hermanos, que no se ha defendido respondiendo con violencia a la violencia que se le infligía, sino que ha entregado su vida por los demás, ofreciéndola libremente y por amor.

Subrayamos por último que Mateo indica el significado “teológico” de la muerte de Jesús: apenas ha exhalado el último suspiro, “el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló y las piedras se resquebrajaron; se abrieron los sepulcros y muchos santos que habían muerto resucitaron, salieron de los sepulcros y, después que Jesús resucitó, entraron en la ciudad y se aparecieron a muchos”. De esta forma, en la muerte de Jesús se anuncia ya la resurrección. Más aún, las señales que acompañan esta muerte anuncian proféticamente lo que sucederá al final de la historia: en la muerte y resurrección de Jesús el pecado y la muerte han sido ya vencidos y esto se revelará en plenitud cuando todos nosotros seamos llamados amorosamente a la vida eterna.

Entregar la vida libremente por amor, en obediencia al Padre y en servicio a los hermanos, es el camino de cruz y de gozo por el que Jesús nos lleva con él hasta la vida y la felicidad eternas. Esta es la fe que vamos profesar públicamente al acompañar a



Carlos López Hernández

Jesús, amigo de los niños, por las calles de nuestra ciudad. Bendito sea Jesús, nuestro rey de la verdad, que nos hace libres, y del amor más grande, que nos ofrece la reconciliación con Dios y con los hermanos.